

MARIANA BUSSO*

CUANDO EL TRABAJO INFORMAL ES ESPACIO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIFICACIONES COLECTIVAS

UN ESTUDIO SOBRE FERIAS COMERCIALES URBANAS

PRESENTACIÓN

En este artículo nos proponemos analizar los procesos de construcción de identificaciones colectivas en el mundo del trabajo informal, a partir de un estudio en ferias de frutas y verduras de la ciudad de La Plata, Argentina¹. Es decir, buscamos demostrar la centralidad que adquiere el trabajo en situaciones de informalidad en el proceso de construcción de identificaciones colectivas. A partir de la constatación de la transformación del mundo del trabajo, y de la crisis de las identidades profesionales (Dubar, 2000a; Battistini, 2004) nos planteamos indagar las características que el proceso adquiere en este caso particular, para lo cual analizamos los factores configuradores de similitudes y diferencias en ese espacio laboral.

* Investigadora asistente del CONICET con sede en el CEIL-PIETTE del CONICET / Investigadora asociada al LEST-CNRS, Francia / Docente de la UNLP. Saavedra 15, PB. Ciudad A. de Buenos Aires, C1083ACA, Argentina. E-mail: mbusso@ceil-piette.gov.ar

1 Este artículo es resultado parcial de un trabajo de investigación más amplio que busca analizar la relación entre procesos identitarios y formas de organización colectiva en tres tipos de ferias: artesanales, de frutas y verduras y de ropa y productos diversos. Una primera versión ha sido presentada en el 8vo. Congreso de la Asociación Argentina de Especialistas del Trabajo (ASET) realizado en la ciudad de Buenos Aires, en el año 2007.

Las ferias a las que aludimos ofrecen productos frescos y, primordialmente, frutas y verduras de estación, y funcionan rotativamente en distintos lugares preestablecidos de la ciudad, donde se congregan pequeños productores y/o revendedores de frutas y verduras anteriormente adquiridas en el Mercado Central de la ciudad o en alguna chacra o quinta de la zona². En líneas generales, las ferias a las que aludimos se caracterizan por desarrollarse en espacios públicos, por congregarse actividades comerciales de bajo capital, por la facilidad de acceso y egreso de las ocupaciones que allí se desempeñan, por la centralidad que adquiere la fuerza de trabajo (en desmedro de maquinarias o tecnología), y por desarrollarse en puestos fijos o semifijos³. Es decir, poseen características propias de lo que desde las ciencias sociales se ha denominado, “trabajo informal” (Busso, 2005).

Con la intención de comprender el universo de significación, y de deconstruir las formas identitarias de las personas que desarrollan sus actividades laborales en dichas ferias comerciales, recurrimos a estrategias y métodos de investigación cualitativos (Glasser y Strauss, 1967, Denzin y Lincoln, 1994)⁴.

En este estudio nos interesa explicitar, en primer lugar, nuestro marco conceptual para el análisis de los procesos de construcción de identificaciones colectivas y, en segundo término, sumergirnos en el análisis del caso, con el objetivo de describir la actividad laboral y las construcciones identitarias en el marco de dichas ferias. Conclui-

2 Particularmente estudiaremos la realidad de las personas que realizan sus actividades laborales en ferias de frutas y verduras del Municipio de La Plata. Esta ciudad, capital de la Provincia de Buenos Aires, donde habitan 681.832 personas según el censo 2001 (Censo 2001, INDEC), es una de las aglomeraciones urbanas del país especializadas en actividades vinculadas al aparato burocrático-administrativo del Estado (Roffman, 1997) y donde se desarrolla también una importante vida universitaria, por lo que habitan en ella una notable cantidad de jóvenes del interior del país. La Plata se encuentra entre los centros urbanos que, además de contar con una importante dotación de empleo público, poseían o poseen un apreciable conjunto de actividades secundarias y terciarias, pertenecientes a la órbita privada, capaces de influir en los niveles de demanda de fuerza de trabajo.

3 Estas son, a su vez, las características centrales que, según la OIT, presenta el trabajo informal. Este se expresa en cuatro categorías ocupacionales: cuentapropistas (excepto profesionales o técnicos), trabajadores familiares no remunerados, asalariados de empresas de hasta cinco empleados y trabajadores del servicio doméstico (OIT, 1993). Las personas que trabajan en dichas ferias pertenecen a alguna de las tres primeras categorías, como veremos en el transcurso del presente artículo.

4 Este artículo se basa en el análisis de observaciones no participantes en ferias de frutas y verduras de la ciudad de La Plata y doce entrevistas en profundidad realizadas a personas que llevan a cabo actividades comerciales en dichos espacios, y cinco a funcionarios del municipio local. El trabajo de campo fue realizado entre los años 2004 y 2006.

remos nuestro artículo resaltando las particularidades que adopta el proceso identitario en este tipo de espacios laborales y explicitando la tensión existente entre herencia y porvenir en el seno del proceso de identificación social de estos trabajadores.

PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIFICACIONES SOCIALES

Asumimos que el esfuerzo de construcción y reconocimiento de la propia forma identitaria implica la búsqueda de “iguales” y “diferentes”; es decir, de aquellos individuos, grupos, instituciones, principios, ideologías que se nos presentan como las fuentes de nuestra propia idea de lo que somos y de lo que queremos ser. Dicho proceso de construcción se realiza a partir de la articulación de puntos en el espacio y el tiempo.

Puntos en el espacio y en el tiempo de nuestra propia subjetividad, como así también de la interrelación con otros. En cada uno de esos puntos, buscamos referenciales en los cuales, desde los cuales o de los cuales nos podremos decir iguales, parecidos, diferentes, etc. Siguiendo a Battistini, sostenemos que estos puntos o signos en el espacio y en el tiempo a partir de los cuales nos definimos como parecidos o diferentes constituyen lo que denominamos “referenciales identitarios” (Battistini, 2006).

Los referenciales identitarios pueden ser reales o ficticios, es decir: personas, instituciones, grupos, cosas, momentos históricos, imágenes, valores, principios, ideologías, personajes, etc. Estos existen y adquieren importancia en la construcción identitaria mientras el individuo los tenga en cuenta; cuando el individuo deja de reparar en ellos, dejan de ocupar un lugar en dicha construcción.

En el proceso continuo de construcción y reconstrucción de su “forma identitaria”, el actor aprehende variables de diversos referenciales, se identifica con algunos de sus aspectos o totalmente con ellos, pasa a integrar las filas de un grupo determinado, o los rechaza.

La forma discursiva que articula⁵ y expresa la relación de diferentes referenciales identitarios es lo que entendemos por “forma identitaria” o “identificación”. Esta se expresa en el plano simbólico o representacional, siendo la narración –el decirse y el decirnos– el momento explícito de esta identificación. Dicho acto o momento en el cual *experenciamos* y expresamos sentirnos similares o diferentes es lo que entendemos por “acto identitario”.

5 Retomando a Laclau y Mouffe, entendemos por articulación “toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” y “a la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos discurso” (Laclau y Mouffe, 2004: 142).

La “identificación” implica la articulación de la dimensión relacional y biográfica del sujeto, dado que remite a prácticas sociales y a los contextos de realización, a “actos de identificación”, tanto en el marco de la identidad atribuida de los referentes sociales que el individuo posee para referenciarse en el mundo social, como en la construcción que realiza de su historia personal. Los relatos de los propios protagonistas son la síntesis observacional de ambas dimensiones.

Es decir, es a través del discurso que la identidad se nos presenta como “forma identitaria”, y remite a referenciales identitarios⁶. En ese sentido, hablaremos de “formas identitarias” o “identificaciones”, mientras que la identidad, en su sentido estricto, se vuelve escurridiza, inaprensible. Como nos dice Norbert Elias: Nuestra identidad es más profunda y más compleja que todas las formulaciones que podemos dar”⁷ (Elias, 1991: 48).

Por su parte, es posible pensar el proceso de construcción de identificaciones colectivas en dos momentos, uno personal y otro colectivo. En el primero, el sujeto se enfrenta a un conjunto de identificaciones atribuidas que se le presentan como muestrarios de los cuales va a seleccionar referenciales identitarios. Es decir, el sujeto reconoce una identificación heredada, una identificación institucionalizada y una identificación posible, a partir de las cuales reconoce (por aceptación o rechazo) una serie de referenciales⁸.

En otras palabras, este momento de selección de referenciales tiene lugar cuando el sujeto, al narrarse, rechaza, incorpora o transforma ese conjunto de identificaciones atribuidas. Estas provienen, según el sujeto, de un “otro” que puede ser real o ficticio, o del contexto o si-

6 Es decir, denominaremos “identidad” a la experiencia subjetiva –más íntima del yo– que un actor individual o colectivo tiene de sí a partir de los referenciales identitarios seleccionados y significativos para él. En el momento que se procesa en el plano simbólico y representacional, por medio del discurso, se nos presenta como “formas identitarias” o “identificaciones”.

7 Traducción propia.

8 En este sentido retomamos la perspectiva de Claude Dubar, aunque incorporando algunas modificaciones, dado que consideramos que, en primer lugar, en los tres casos se trata de identificaciones y no de identidades, siguiendo las definiciones presentadas anteriormente. En segundo término, utilizamos el término “identificación institucionalizada” para remitir a lo que Dubar (retomando a Goffman) denominó “identidad virtual”. De esta forma queremos dar cuenta explícitamente de la identificación atribuida particularmente por las instituciones, para lo cual excluimos la palabra “virtual”, dado que en los tres casos son identificaciones virtuales y no “objetivas”, que están presentes “virtualmente” en el proceso de construcción identitario. En estas tres identificaciones atribuidas es posible recuperar la presencia de lo pasado, de las instituciones (o lo institucionalizado) y de lo futuro, a partir de una perspectiva diacrónica y en permanente movimiento.

tuación material y simbólica en el que se encuentra inmerso. El sujeto reconoce, entonces, una identificación heredada, una identificación institucionalizada y una identificación posible, a partir de las cuales selecciona/elige (por aceptación o rechazo) una serie de referenciales.

La identificación heredada responde a la atribución emitida por la generación precedente, es decir, el margen de posibilidades que los que precedieron pensaron y crearon para cada persona. Para decirlo claramente, es el “mandato familiar/social” (o “lo que vas a ser cuando seas grande”). Ello supone una serie de implicancias y connotaciones asociadas a cada actividad laboral y a cada inserción social. La identificación institucionalizada refiere a la atribución emitida por instituciones sociales, que la categorizan y etiquetan. Por último, no se supone que las identificaciones sean necesariamente “realizables”. Es decir, responden a las condiciones materiales y simbólicas de los sujetos, pero principalmente a los márgenes de posibilidad construidos por ellos, márgenes que pueden ser más cercanos o lejanos a sus posibilidades reales, de acuerdo con las utopías por ellos construidas. Siguiendo con el ejemplo, podríamos decir que responden a “lo que podría llegar a ser”. Esta definición nos acerca a lo que Dubar denomina *identités visées* (identidades pretendidas), el “deseo de que se construyan nuevas futuras identidades” (Dubar, 2000b: 111).

En el proceso de selección de referenciales, el sujeto despliega una estrategia de transacción externa e interna con estas identificaciones atribuidas por otros, dado que dichas identificaciones son *híbridas* a los otros, pero también al tiempo, al espacio. La hibridación, en este sentido, es constitutiva de las formas identitarias (Laclau, 1996).

El peso que adquiere cada referencial en el proceso de identificación depende de las relaciones de poder y legitimación que se establecen entre los referenciales. En otras palabras, obedece a la significación que les asigna el sujeto y/o el colectivo por medio de los procesos de transacción externa e interna.

El conjunto de referenciales escogidos se expresa en una forma discursiva, con lo cual da lugar a la identificación incorporada o forma identitaria personal. Es decir, la identificación toma forma en un discurso, se con-forma en él. Al convertirse en un discurso explícito, la forma identitaria permite al sujeto reconocer los referenciales escogidos por otros. Ello supone la posibilidad de que los sujetos registren la existencia de referenciales compartidos (sean por aceptación o rechazo). El dar cuenta de lo que los asimila y los diferencia se cristaliza entonces en lo que hemos llamado formas identitarias colectivas. Este proceso, que se inicia con la identificación de referenciales compartidos, es el segundo momento al que hacíamos mención, es decir, el momento colectivo.

Que los denominemos momentos personal y colectivo no implica que se traten de un momento individual y otro social. Es decir, tanto la dimensión biográfica como la relacional se encuentran presentes en cada una de las instancias. Sería imposible concebir un sujeto sin un contexto social, como así también pensar lo social excluyendo lo individual. Para ser más claros –y tal como hemos afirmado–, desde la perspectiva interaccionista que asumimos, cualquier identificación personal supone discurso, supone lenguaje, es decir, códigos social e históricamente construidos.

Cada uno de los momentos y actos de identificación (atravesados por estrategias de transacción identitaria), se encuentran permeados por dos lógicas: la de la equivalencia y la de la diferencia. Es el juego de las similitudes y discrepancias el que permite al sujeto ir seleccionando referenciales, identificándose a partir de ellos, reconociendo referenciales compartidos y construyendo formas identitarias colectivas. Estas últimas redefinen a las identificaciones atribuidas (heredadas, institucionalizadas o posibles) de las cuales el sujeto selecciona sus referenciales y, a su vez, las formas identitarias colectivas pueden pasar a constituirse en otra fuente de referenciales para el sujeto.

Esto que –a fines analíticos y expositivos– presentamos de forma esquemática y lineal, muy lejos está de serlo. Cada sujeto se “narra” a través de referenciales por él seleccionados, diferenciándose y/o asimilándose a otros por medio del reconocimiento de referenciales compartidos. A partir de este reconocimiento, se expresa en tanto “nosotros” frente a las alteridades construidas (reales o ficticias). Estos momentos se superponen e interactúan. Por ejemplo, sería inverosímil suponer que un sujeto “selecciona” referenciales sin, al mismo tiempo, estar diferenciándose o asimilándose a otros, y de esta forma asumiéndose como parte de un colectivo. La selección supone el diferenciarse y asimilarse a otros, y el imaginar y ser parte de un “nosotros”. En ese sentido afirmamos que, al explicitar discursivamente el hecho de compartir referenciales identitarios con otras personas, el sujeto alude y construye una instancia colectiva de identificación. Que compartamos características con otros sujetos no implica identificarnos colectivamente; mientras que, si lo explicitamos en forma discursiva, nos estamos posicionando socialmente, y por tanto, asemejándonos o diferenciándonos de otros.

Poder arribar a nuestro objetivo supondrá, en líneas generales, comprender que incluso en los espacios laborales “atípicos” podemos observar este proceso de identificación colectiva, y en particular implicará analizar cuáles son los referenciales compartidos a los que se aluden en las formas identitarias colectivas. Es decir, deconstruir el entramado de referenciales identitarios colectivos que refieren los actores en el proceso de identificación colectiva.

El peso o la centralidad que cobren las diferentes identificaciones atribuidas en el proceso de construcción identitario dependerá de las relaciones de poder y legitimación de los distintos referenciales. Estas tensiones en pugna atraviesan los procesos identitarios y los configuran.

De esta forma estaremos respondiendo no solo qué nos asemeja o nos distancia de los “otros”, qué nos “posiciona” social e identitariamente, sino también por qué lo hacemos, qué motiva que nos posicionemos de determinada manera a través de un referencial o de otro. Éstos serán los interrogantes que movilizaremos para el análisis de los trabajadores de ferias de frutas y verduras de la ciudad de La Plata. Antes de ello, presentaremos dichos espacios laborales.

UN RECORRIDO POR LAS FERIAS DE FRUTAS Y VERDURAS

Estas ferias son las más antiguas y tradicionales de la ciudad de La Plata. La primera en ser reconocida por los funcionarios municipales fue inaugurada el día del XI aniversario de la Fundación de la ciudad, el 19 de noviembre de 1893⁹. Con algunos momentos de auge y otros de decadencia, las ferias de frutas y verduras ya cuentan con más de 110 años de historia en La Plata.

Desde entonces, los “mercados ambulantes” se dan cita en distintos puntos de la ciudad para garantizar la actividad de, al menos, dos ferias por día. Funcionan todos los días (excepto los lunes) en el horario de 7 a 13. Los puestos van rotando por distintos puntos de venta establecidos por el municipio, organizados en tres circuitos: martes y viernes, miércoles y sábados, y jueves y domingos¹⁰. Es decir, funcionan dos veces por semana en cada punto de venta.

Los espacios verdes, parques o ramblas de la ciudad son el ámbito privilegiado para su establecimiento. Entre 200 y 300 puesteros arman diariamente su lugar de venta en uno de esos puntos, lo cual depende de la época del año, las inclemencias del tiempo, el volumen de ventas, etcétera.

Los puestos son totalmente desmontables y se componen principalmente de caños, lonas y tablas. Son los cajones, repletos de verduras coloridas, los que hacen las veces de separador-mostrador. Sin embargo, también es posible observar casillas rodantes equipadas con

9 Consta textualmente en la “Ordenanza sobre ferias” aprobada por el Concejo Deliberante de la Municipalidad de La Plata en octubre de 1893.

10 Martes y viernes funcionan en Parque Saavedra, Calle 38 entre 115 y 117, y Villa Elisa. Miércoles y sábados en: diag. 79 y 63, Av. 51 de 20 a 23, Calle 1 y 528, y Playón Municipal de City Bell. Jueves y domingos se encuentran en: diag. 73 de 4 a 6, calle 38 de 9 a 11.

mostradores y freezers, que pertenecen a personas que venden productos tales como pescados o lácteos. En todos los casos, al menos una gran balanza preside el espacio. Cada puesto es diferente dado que, a pesar de que el municipio establece cuáles deben ser sus dimensiones, cada feriante decide y arma la estructura y forma del puesto. La manera de presentar la mercadería, la disposición de los tabloneros, cajones y balanzas queda a criterio de los feriantes, lo cual le otorga particularidad a cada puesto.

Estas ferias, entonces, transforman el espacio de tránsito peatonal en un lugar de intercambios. Es llamativo que en ningún caso se ubiquen en el centro de una plaza sino, por el contrario, en las veredas, acompañando así los senderos de mayor circulación.

Su área de influencia es básicamente el barrio, lo cual genera y facilita que el intercambio entre clientes y feriantes sea más personalizado y constante en el tiempo. Se ubican en el radio céntrico de la urbe, o en barrios donde habitan familias de “clase media”, para las cuales la compra de productos frescos en estos puntos de venta es una costumbre muy arraigada:

es un público de clase media para arriba, eh. No, no, no, te digo, vos asomate a la calle y vas a ver, eh... los coches, qué coches son... *vistes* [sic]... es gente viene a gastar, no es gente que va a buscar, este... va a buscar calidad y precio (Eduardo, Entrevista 15).

Los días de semana es posible observar, entre los clientes, una amplia mayoría de mujeres, mientras que, durante los fines de semana, muchos hombres se acercan a hacer las compras. Por lo general, los que acuden a las ferias son personas adultas, jefes o jefas de hogar, amas de casa o jubilados. Es notable la ausencia de “estudiantes universitarios” realizando sus compras en esos espacios, aunque es un grupo que representa un porcentaje significativo de la población en esta ciudad.

Los feriantes son mayoritariamente hombres adultos (entre 25 y 59 años), muchos de los cuales están acompañados por sus mujeres. No es relevante la presencia de vendedores jóvenes, ni adultos mayores. A su vez, observamos que la mayoría ha realizado estudios secundarios, mientras que son excepcionales los casos de quienes accedieron a estudios terciarios o universitarios.

Una de las características de estos feriantes es que, a pesar de ser, la mayoría, argentinos, provienen de familias de inmigrantes, en particular, de Italia. Pautas culturales de dicho país europeo se encuentran presentes en la cotidianeidad de estas ferias y de las familias de los feriantes, como analizaremos luego:

En el año cincuenta vino toda la inmigración italiana. Esos italianos que, la mayoría, algunos no sabían ni leer y escribir, se acoplaron a los italianos que ya estaban acá en el país. Entonces la mayoría se pusieron por los barrios, fueron quinteros también y venían a vender sus productos [a las ferias] (Luis, Entr.19).

En los últimos años comenzaron a aparecer, como “coleros de ferias”¹¹, vendedores de nacionalidad boliviana que comercializan productos de sus quintas. En este caso, se trata de mujeres que arriban a las ferias a vender una variedad muy acotada de productos, mientras sus maridos continúan con el trabajo en las quintas. Esta comunidad ha tenido un gran crecimiento en la región durante la última década, y sus miembros se han dedicado principalmente a la actividad hortícola¹².

Esta distinción en relación con sus procedencias también se refleja en los motivos que los impulsaron a vender en estas ferias. Mientras que los feriantes que han heredado esta actividad en tanto tradición familiar, proveniente de antepasados italianos, encontraron en ella una garantía no solo la sobrevivencia, sino también la acumulación, en el segundo caso parecerían ser los problemas económicos los que motivan el ingreso a estas ferias. Es decir, se trata de personas que se han dedicado a la producción de la tierra, pero que solo en determinadas circunstancias económicas deciden vender en ferias minoristas.

Los puestos de frutas y verduras son atendidos por sus dueños, quienes son acompañados principalmente por familiares. El trabajo es revalorizado por los propios feriantes como una actividad familiar, dado que de ella participan, de una u otra manera, todos los miembros de la familia. Se observa una gran cantidad de matrimonios en la atención de los puestos. En sus relatos, los feriantes muchas veces reconocen que han sido sus padres quienes los incorporaron al mundo de las ferias, siendo aún muy pequeños.

11 Con este término aludimos a los vendedores que se instalan alrededor de las ferias sin ningún tipo de permiso, y muchas veces sin respetar el rubro asignado a cada espacio. Retomamos esta definición de un trabajo de Chávez Molina y Raffo en el que se analizan las lógicas de reproducción y las trayectorias sociocupacionales de tres grupos de feriantes, a los que ellos denominan “tradicionales”, “coleros”, y “precarios” (Chávez Molina y Raffo, 2003).

12 Según el primer Censo Horti-florícola de la Provincia de Buenos Aires, relevado durante el primer semestre del 2006, había en territorio bonaerense 3.856 productores, de los cuales 949 eran de nacionalidad boliviana y 149, japonesa. Es decir, según este relevamiento, una cuarta parte del negocio se encontraba en manos de miembros de la comunidad boliviana (Fuente: Censo Horti-florícola de la Provincia de Buenos Aires. Ministerio de Asuntos Agrarios de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Estadística de la Provincia de Buenos Aires, y Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos de la Nación).

Sin embargo, en algunos casos se pueden observar trabajadores empleados, sobre todo peones o changarines que colaboran en el armado y desarmado de los puestos (y en la carga y descarga de mercadería), a quienes se les paga por la realización de estas actividades puntuales.

Es la Municipalidad de La Plata, por medio de distintos organismos de gestión, quien autoriza y controla el establecimiento y funcionamiento de las ferias que existen en la comuna. Dijimos que a once años de la fundación de la ciudad, se aprobó la primera “Ordenanza sobre ferias” que autorizaba el establecimiento de la “Feria de La Plata”. En ella se pautaba quiénes serían los que podrían ejercer actividades comerciales en esos espacios, como así también los días y horarios de funcionamiento y el lugar donde debían instalarse los puestos.

Actualmente se encuentra en vigencia la Ordenanza 9366 de 2001, que autoriza la comercialización de diversos productos frescos, como así también artículos de almacén, entre otros. El control y seguimiento de estas ferias por parte de la Municipalidad se encuentra a cargo de la Dirección General de Gobierno, a través de la Dirección Operativa de Comercio, la cual recurre al contralor sanitario para el control bromatológico de los productos alimenticios comercializados, tal como lo dictamina dicha disposición municipal (Ordenanza 9366, artículo 2º, inciso f)¹³.

El otorgamiento de permisos para la instalación de nuevos puestos es realizado por la Dirección Operativa de Comercio del Municipio la cual, en caso de considerarlo necesario, realiza una consulta a la “Asociación de Verduleros, Fruteros y Feriantes de La Plata”, en lo que respecta a rubros vacantes en cada feria.

A pesar de que la Ordenanza 9366 autoriza en ellas la comercialización de diversos tipos de productos¹⁴, la oferta que predomina ampliamente es de frutas y verduras. De forma secundaria se observan pescaderías (no más de dos por feria), venta de productos lácteos y huevos, y puestos de plantas. Se trata, sobre todo, de productos alimenticios, que responden a necesidades básicas y que se adquieren periódicamente.

La mayoría de los feriantes compra su mercadería en el mercado regional de frutas y verduras de la ciudad, y luego la revenden en la feria. A pesar de que casi todos son revendedores, es observable la

presencia de pequeños o microproductores familiares que encontraron allí un espacio de venta para sus productos. Tal es el caso de los feriantes de nacionalidad boliviana a los que hicimos mención, que se acercaron para comercializar los productos de sus quintas.

El volumen de las ventas es muy fluctuante. Las condiciones climáticas y las distintas estaciones del año influyen fuertemente en el volumen comercializado. Por poner solo dos ejemplos, los días de lluvia, o de bajas temperaturas, observamos una menor cantidad de puestos, pero principalmente una fuerte reducción de la cantidad de clientes. A su vez, vemos que durante los períodos vacacionales (principalmente en verano, durante los meses de enero y febrero), la actividad decae considerablemente ante la falta de clientes (por encontrarse estos de vacaciones, o a causa de las altas temperaturas).

En las ferias se comercializan productos de bajo valor, y las transacciones se realizan en efectivo. A pesar de las considerables fluctuaciones, es notable la afluencia de público y el volumen comercializado en ellas.

Es posible observar disputas y tensiones con otros grupos de feriantes, con comerciantes de la zona y hasta con vecinos, mientras que los conflictos con la municipalidad son reducidos y están acotados a problemas concretos.

Los conflictos con vecinos se centran en los ruidos molestos desde tempranas horas de la madrugada, cuando los feriantes comienzan a armar sus puestos y descargar la mercadería, y por problemas de estacionamiento de los vehículos, dado que las camionetas y camiones de los feriantes, junto con la afluencia de público, dificulta a los vecinos el estacionamiento de sus autos en los lugares habituales. La municipalidad garantiza la limpieza de las ramblas y plazas cuando se desmonta la feria; sin embargo, en muchos casos ello no se realiza tal lo acordado y genera conflictos entre vecinos y feriantes.

Los comerciantes de la zona que ofrecen productos pertenecientes a los mismos rubros que los que se comercializan en las ferias ven caer sus ventas los días en que estas se instalan, por lo que son más proclives a hacer emerger conflictos latentes. Por el contrario, aquellos que ofrecen productos que no son comercializados en la feria ven aumentar el volumen de gente en la zona, lo cual posibilita que se incrementen sus ventas. Por último, observamos conflictos entre los feriantes por la legitimidad en el uso del espacio y por la competencia comercial. Entre ellos encontramos dos tipos de disputas: internas al mismo espacio físico, y conflictos con otras ferias. En el primer caso, las tensiones se deben al lugar donde cada uno se instala (según la circulación de clientes, lugares con sombra o al sol, expuestos a ráfagas de viento, etc.) y al precio de las mercancías, dos elementos clave en la competencia al

¹³ Al momento de sancionarse esta Ordenanza Municipal, el organismo encargado de las ferias se denominaba Subsecretaría de Control Urbano.

¹⁴ Frutas y verduras frescas en general, flores, productos de almacén, fiambrería, panadería, carnicería, pescadería, artículos de limpieza, librería, mimbrería, pajarería, tienda y pastas frescas envasadas.

interior de una misma feria. Por otro lado, identificamos disputas con otras ferias, por la legitimidad en el uso del espacio público, entendiendo a este último como el resguardo del derecho a trabajar.

La relación con la municipalidad ha sido fluida desde la creación de estas ferias en los albores de la ciudad. Dicho organismo, como dijimos, es el que tiene la facultad de controlar y legislar la actividad, lo cual es aceptado y valorizado por los mismos feriantes.

En este tipo de espacio laboral se percibe una cultura del trabajo signada por el esfuerzo y la dedicación. Levantarse muy temprano, permanecer parado todas las mañanas, realizar esfuerzos físicos importantes debido al peso de los cajones, caños y lonas que se deben transportar, son algunas de las señales de dicha cultura del esfuerzo. Algunos adjudican estas costumbres a la cultura europea de fines del siglo XIX y principios del XX, cuando el país se colmó de europeos en busca de un mejor destino:

la mayoría [de los vendedores de frutas y verduras] eran inmigrantes o hijos de inmigrantes. [...] Ellos estaban acostumbrados a trabajar la tierra, y vinieron acá y lo único o lo mejor que sabían hacer era trabajar la tierra. [...] Entonces se instalaron y se pusieron a trabajar, y los chicos, que no iban casi al colegio, porque también tenían que ayudar con las tareas de la casa y con las labores de ahí, ayudando al padre en las quintas, después heredaron la profesión, el oficio de horticultores y se empezaron a dedicar a esto (Susana, Entr. 39, funcionaria municipal).

Otro rasgo cultural distintivo de estos espacios comerciales es el tipo de vínculo que se genera entre clientes y vendedores, en el cual la permanencia de las relaciones y la manera de vivir y percibir la actividad se articulan con la necesidad de fidelizar a los clientes. A su vez, estos últimos consolidan estos vínculos construidos sobre la base de la confianza dado que, al tratarse de productos frescos y comestibles, entienden que es muy importante saber quién los vende, y que su calidad esté garantizada.

LOS FERIANTES: DE AQUÍ Y DE ALLÁ, DE AYER Y DE HOY

Hemos señalado que en las ferias de frutas y verduras son los hombres los que, generalmente, están al frente de los puestos. El esfuerzo físico que supone cargar cajones, armar y desarmar el *stand* de lonas y caños, como así también ir al mercado regional a negociar precios con productores, armar el puesto en invierno, cuando aún no ha amanecido, son algunas de las explicaciones que responden a la afirmación que sostiene que se trata de un ámbito predominantemente machista.

Las personas entre 25 y 59 años son las que parecieran reunir los requerimientos que suponen el esfuerzo físico y el conjunto de saberes que

es necesario dominar para manipular mercadería fresca. En las próximas páginas encontraremos algunas explicaciones a esta situación.

LA ACTIVIDAD

Para poder comprender la actividad de los feriantes, tomaremos en cuenta cuatro dimensiones: las tareas desarrolladas, la percepción del tiempo de trabajo, los saberes o competencias movilizados y los ingresos que les provee la actividad. En todos los casos nos centraremos en la descripción y análisis de aquello que, según nuestro estudio, prima en estos espacios, sin dejar de aludir a sus características secundarias o colaterales.

Tareas desarrolladas

Las actividades laborales de los feriantes se inician y continúan más allá de la propia feria. Este espacio, la feria, es el momento público de la actividad, que se concentra en horas de la mañana y hasta pasado el mediodía. Sin embargo, la actividad se extiende desde la madrugada hasta que el día termina. Es decir, múltiples son las tareas que debe llevar adelante una persona para poder atender un puesto en una feria de frutas y verduras. En ese sentido, un feriante que vende plantas nos explicaba:

Esta gente [los vendedores de frutas y verduras] arranca por ahí a las cuatro, o cuatro y media de la mañana. Y nos vamos, ponete, a la una y media; pero ellos se van como a las dos y pico mientras levantan todo ¿viste?, acomodan y después tienen que llegar a la casa... Por lo general tienen cámaras. Bueno, bajan todo a la cámara y preparan para el otro día... y otra vez a la quinta y..., o sea que tenés doce o catorce horas, fácil (Marcelo, Entr.16)

La cantidad de tareas que hay que desarrollar es tan amplia que, según los feriantes, esto conlleva (y explica) que en la mayoría de los casos se trate de una actividad familiar.

Las múltiples tareas se podrían clasificar de acuerdo con cuatro tipos de actividades: de aprovisionamiento, de exposición, de venta y de conservación. Las de aprovisionamiento son la que comienzan por la mañana, muy temprano, dado que es el momento en que se encuentran los mejores productos en el mercado regional¹⁵, aunque es hacia las

15 Las actividades de venta en el mercado regional comienzan a las cinco de la mañana. El Mercado Regional La Plata concentra la venta mayorista de productos frutihortícolas de la zona. Desde 1884, dos años después de su fundación, la ciudad cuenta con este tipo de mercado. En sus inicios pertenecía a capitales privados, luego, en 1948, una Cooperativa de Puesteros lo compra, pero en 1965 el Poder Ejecutivo Provincial lo expropia. En noviembre de 1972 se inaugura en las actuales instalaciones, ubicadas en un predio de la intersección de las calles 520 y 116.

ocho de la mañana cuando los precios comienzan a bajar. A esa hora los puesteros del mercado comienzan a rematar la mercadería que no han vendido, y especialmente aquella de más difícil conservación¹⁶.

Además de ir al mercado, algunos feriantes compran mercadería directamente en quintas, como por ejemplo los huevos y las hojas verdes. Estas últimas se deben ir a buscar a primera hora del día, cuando acaban de ser cortadas a la espera de un comprador. Una vez finalizadas las actividades de aprovisionamiento, las camionetas cargadas de cajones repletos de frutas y verduras listas para ser vendidas se dirigen hacia la feria del día. Hacia las seis y media de la mañana los feriantes comienzan con las tareas de exposición. Bajar los caños y lonas y armar el puesto es lo primero que se debe hacer. Luego, y con ayuda de changarines, bajan los cajones colmados de mercadería. Estos puestos no tienen un mostrador ni separación entre el puesto y la vereda, por lo cual, como señalamos anteriormente, acomodar los cajones supone ir formando la estructura del puesto. Limpiar y acomodar los productos teniendo en cuenta sus colores, frescura y aspecto, hacen a la presentación de lo que se venderá y, seguramente, al éxito del día.

Una vez que está todo preparado, hacia las siete y media de la mañana, comienzan a llegar los primeros clientes madrugadores. Desde ese instante, y hasta la una y media de la tarde, se extiende el momento en el cual la venta se cruza con las recetas y los consejos de cocina, las novedades del barrio, las noticias del día y el pronóstico meteorológico. Es el tiempo fuerte de la actividad ferial el que se encuentra en el centro de la escena. La venta de frutas y verduras, para la cual se realizan actividades durante al menos doce horas diarias, debe concretarse en el lapso de las seis horas que dura la feria¹⁷. El momento de la venta implica responder a la demanda de la gente, ofrecer la mercadería adecuada a cada cliente, como también reconocerlo y entablar una charla, lo cual fideliza a cada vecino con determinados feriantes.

Una vez finalizada la venta, hacia la una y media de la tarde, los feriantes comienzan con las tareas de acondicionamiento y conservación de la mercadería, que continuarán por la tarde en sus hogares. Es decir, al momento de comenzar a desarmar los puestos, los feriantes seleccionan los productos que no podrán ser vendidos al día siguiente por razones de conservación, separarán aquellos que necesitan un cui-

16 En su libro *Crónicas y retratos el mercado. Historia del Mercado Regional La Plata*, María Guadalupe Domenecq relata historias donde se recupera la cotidianidad del mercado (Domenecq, 2004).

17 Aunque se encuentran habilitadas para funcionar de 7 a 13:30, es a partir de las 7:30 cuando comienzan a llegar los clientes.

dato especial (para colocarlos hasta el otro día en cámaras de frío) de aquellos que no lo precisan (por ejemplo, los tubérculos).

Limpiar la mercadería, desechar lo que se encuentra en mal estado o presenta una mala apariencia, ordenar y clasificar los productos, identificar faltantes y confeccionar la lista de productos que deben adquirirse son las tareas que los frutereros y verduleros realizan por las tardes.

Además de los frutereros y verduleros, señalamos que en estas ferias existen otro tipo de vendedores. Así, es posible observar puestos de pescados, de huevos, de lácteos, de galletitas o de plantas, aunque ocupan un lugar secundario. En el caso de los feriantes que están al frente de estos puestos, las actividades pueden ser de producción o reventa. Galletitas, pescados y lácteos son adquiridos al por mayor por los feriantes y revendidos en sus puestos. Por su parte, algunos vendedores de huevos son microemprendedores avícolas, y los que ofrecen plantas tienen pequeños viveros. Este es el caso de un feriante que nos comentaba:

No me gusta ser comerciante. No me gusta comprar a 10 y vender a 20. Yo soy productor de huevos. Porque yo tengo mi propia granja, y mis propias gallinas. [...] yo produzco, y vendo lo que produzco. Si no, no vendería (Néstor, Entr. 13).

Tanto en el caso de revendedores como en el de productores, las actividades se extienden por la tarde, una vez finalizadas las tareas en la feria. Los revendedores se dedican a conseguir proveedores que les ofrezcan la mejor relación entre costo y calidad, adquirir los productos y conservarlos en las condiciones que éstos lo requieran (si es pescado, en cámaras de frío, si son galletitas, en espacios secos, etc.). La tarea de los productores, en cambio, es más intensiva, y requiere la ayuda indispensable de otros miembros de la familia. El cuidado de los animales o de un vivero, por ejemplo, precisan de la realización de actividades constantes, sean de supervisión o cuidado de las aves, sean de regado o mantenimiento de las plantas.

Es decir, mientras en el caso de estos revendedores el tipo de tareas es similar a las del grupo que se dedica a la venta de frutas y verduras (aprovisionamiento, exposición, venta y conservación), los feriantes que producen la mercadería que van a vender deben añadir las tareas de producción que anteriormente describíamos. En todos los casos, las tareas emprendidas por estos configuran jornadas laborales extensas e intensivas.

Percepción del tiempo de trabajo

Como acabamos de explicitar, el tiempo de trabajo en las ferias es un momento más de la actividad de estos feriantes. El momento de la

transacción comercial, que es el tiempo fuerte de trabajo, se encuentra acompañado por tiempos débiles que hacen a los preparativos para que el intercambio pueda concretarse. Entendemos por tiempo fuerte el instante en el que se concentra la razón de ser de la actividad. En líneas generales, esta se cristaliza en el momento del intercambio comercial, en la compra y la venta de un producto. Por su parte, sostenemos que son tiempos débiles todos aquellos momentos secundarios, aunque indispensables para la consecución del objetivo primordial¹⁸.

Ambos tiempos pueden percibirse tanto en el espacio ferial como extraferial (esfera privada, u otros ámbitos públicos). A su vez, estos pueden presentar distinta duración, es decir, pueden ser acotados o laxos, lo cual refiere a si tiene un momento claro de inicio y finalización o si, por el contrario, sus límites se desdibujan. En otras palabras, el tiempo de trabajo laxo o extendido supone la fusión entre trabajo y tiempo libre, mientras que el acotado implica la disyunción entre ambos.

En el caso de estos trabajadores el tiempo fuerte es acotado y ferial, mientras que los tiempos débiles pueden ser más o menos laxos o acotados, y feriales o extraferiales, según los casos.

El conocimiento, la socialización y el intercambio con los clientes se producen en una esfera pública –las ferias–, pero no se concentran en un momento determinado, sino que suponen una temporalidad sin límites, sin fronteras, que se cristaliza durante el funcionamiento de ellas, pero que se expande a otros espacios. Este tiempo débil de la actividad es compartido por todas las personas que desarrollan su labor en las ferias. Por su parte, la razón de ser de la actividad, la transacción comercial, es el tiempo fuerte que también comparte el conjunto de los feriantes. Este se desarrolla en el espacio ferial y es acotado en su duración.

Las tareas de armado y desarmado de los puestos son parte del tiempo débil de la actividad, se ejecutan también en las ferias y son acotadas en su duración. Es decir, son tareas que se inician y finalizan en un lapso determinado. Lo mismo sucede con otras actividades que componen el tiempo débil, en particular todas aquellas necesarias para llevar adelante la reventa de productos: selección de proveedores, análisis de la relación costo-calidad, compra al por mayor, almacena-

miento y conservación de los productos que se habrán de comercializar, etc. Estas son actividades acotadas temporalmente, y se desarrollan en ámbitos extraferiales. Los feriantes que las desarrollan son particularmente aquellos que se dedican a la reventa, sea de frutas y verduras, de lácteos, de galletitas o de pescados.

Los feriantes que producen la mercadería que venden realizan otras actividades que responden a lo que hemos denominado “tiempo débil”, y en ámbitos extraferiales. Estas son particularmente las concernientes a la producción, es decir, a la fabricación o procesamiento de los productos que se habrán de comercializar. En estas ferias la producción no es el instante en el que, según el feriante, se concentra la razón de ser de la actividad (en otras palabras, el tiempo fuerte), sino que es emprendida en vistas a la concreción de transacciones comerciales.

En el caso de quienes realizan actividades productivas (hueveros, vendedores de plantas, productores de miel y quinteros), las tareas dependen del tipo de rubro, sin embargo, comparten el hecho de que se desdibujan los límites entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre.

Saberes y competencias

Las distintas actividades descriptas suponen saberes y competencias disímiles. Para poder comprender el entramado de conocimientos movilizados en una feria, debemos señalar que se entrecruzan saberes de distinta especificidad y ámbito. Es decir, hay saberes generales o comunes a todo tipo de actividad comercial, específicos de un rubro o tipo de mercancía y particulares de la actividad comercial; como así también conocimientos comerciales, productivos y sociales.

Al igual que los trabajadores de otras ferias, estos feriantes movilizan conocimientos comerciales que también comparten con todos los que se dedican al comercio (por ser generales o comunes a todo tipo de actividad comercial). Estos son los saberes que remiten al “saber vender”, lo cual también supone tener un muy buen conocimiento de la mercancía, como así también una buena percepción del cliente. Por otra parte, para que la venta pueda concretarse, los feriantes deben tener la capacidad de diálogo y conocimiento de los clientes, como así también de los proveedores. En ese sentido, deben movilizar otro tipo de conocimientos generales a la actividad comercial pero de tipo social.

Los feriantes también tienen conocimiento de saberes específicos respecto del rubro o tipo de mercadería que se encuentra a la venta. Este tipo de saberes tiene que ver con la comercialización, manipulación y conservación de los productos de acuerdo con sus características. Es decir, es necesario conocer qué frutas y verduras comprar en

18 En un estudio sobre ferias en el sudoeste de Francia, Bruneton-Governatori sostiene que “la duración de la transacción propiamente dicha –tiempo fuerte– es muy breve comparada a todas las actividades que tiene a su lado: preparativos en el hogar de la mercancía y de sí mismo, transporte, instalación, espera, entrega, etc. En torno a ese tiempo fuerte, se sitúan, pues, tiempos débiles, ‘más relajados’ que pueden invertirse en otras funciones: contactos, intercambios, vida social en general” (Bruneton-Governatori, 1980: 273).

cada época del año, el trato que precisa cada una, la forma de transportarla, de almacenarla, etcétera.

Los feriantes que venden mercadería que producen, fabrican o elaboran, poseen saberes productivos particulares a un rubro o tipo de mercancía. La particularidad de estas ferias es que en ellas se comercializan, sobre todo, productos bióticos.

Finalmente, estos feriantes también movilizan un conjunto de saberes que remiten a la actividad ferial, los cuales pueden ser comerciales o sociales. Los primeros suponen tener la capacidad de exponer y presentar la mercadería por medio de la estructura de los puestos, lo cual implica distribuirla de forma tal que esté a la vista de los clientes y al mismo tiempo pueda ser controlada, a fin de evitar robos. Ello se traduce en conocer cuándo, dónde y principalmente cómo armar (y también desarmar) el puesto. Finalmente, decíamos que las competencias sociales relativas a la actividad ferial suponen una capacidad de diálogo y conocimiento de los clientes, de los otros feriantes, del inspector municipal, de los productores o proveedores, de acuerdo con el tipo de vínculo que se genera en este ámbito de trabajo.

En principio, podríamos suponer que estos feriantes comparten con los trabajadores de las otras ferias los saberes relativos a las actividades comerciales en general y a las feriales en particular, mientras que se distinguen por los conocimientos concernientes a los rubros o tipos de mercancía específicos.

Por último, observamos que el mecanismo de transmisión y construcción de saberes respecto de la propia actividad en este tipo de ferias, refiere principalmente al intercambio, la “tradicción familiar” y a la antigüedad en el oficio. En ese sentido, un feriante nos contaba su experiencia:

Mi padre en Italia era productor, y cuando vino acá vendía en carro, en distintas localidades, y me llevaba, o sea, en su carro iba a distintas localidades, como por ejemplo acá podría ser Berisso, Ensenada, City Bell, Quilmes, *vistes* [sic]... Salía a la mañana temprano con el carro, iban a vender, y bueno, a la noche volvía. O sea, siguió el mismo rubro, la misma actividad. Y yo lo llevo en la sangre (Eduardo, Entr. 15).

La transmisión generacional de conocimientos es una de las particularidades que se observa en las ferias de frutas y verduras. Este punto resulta de central importancia, y podremos vislumbrarlo más adelante, en el análisis de las trayectorias laborales de los feriantes.

A pesar de movilizar todos los saberes y competencias que hemos descrito anteriormente, estos trabajadores ponen especial énfasis en el conocimiento de dos tipos de saberes, los que tienen relación con el rubro comercializado y con la forma de ejercer la actividad (el ser “feriante”).

Ambos conocimientos, según ellos, no tienen sentido de ser transmitidos por mecanismos formales o informales de educación¹⁹ dado que, según señalan, “hay que estar ahí para conocer”, “se aprende en la práctica”.

Ingresos e inversión económica

Hemos indicado que, en sus inicios, la feria fue el espacio desde donde familias de inmigrantes pobres lograron obtener los ingresos económicos necesarios para acceder a bienes y servicios que hasta ese momento les eran inaccesibles. Es decir, la actividad ferial fue, para muchas familias, a principios del siglo XX, el recurso para el ascenso social.

Frente al interrogante respecto de por qué estas familias comenzaron a trabajar en ferias, la respuesta más rápida sería que ellas parecen ofrecer un espacio de trabajo de fácil acceso para quien está excluido del mercado de trabajo. Sin embargo, un mínimo de capital (para adquirir un stock de productos), más los saberes relativos a un rubro específico, son factores indispensables para el desarrollo de la actividad, que actúan como barreras para la incorporación de nuevos trabajadores a este mundo.

Las familias de inmigrantes con experiencia de trabajo con frutas y verduras, o en quintas, supieron y saben aprovechar este recurso, al encontrar en él una posibilidad de obtener ingresos económicos. Hacia fines del siglo XIX y principios del XX eran inmigrantes italianos los que colmaron las ferias de frutas y verduras, mientras que actualmente, la segunda o tercera generación de esos migrantes comparte su espacio de trabajo con personas provenientes de Bolivia, que llegan a nuestro país en busca de mejores condiciones económicas de vida. Como sostienen Benencia y Quaranta

En el caso de los bolivianos, los lugares de donde provienen son los valles andinos (Tarija, Cochabamba, Oruro), donde se practica una agricultura de características campesinas; pertenecen a hogares de agricultores productores de papas, habas, maíz (Benencia y Quaranta, 2006: 98).

¹⁹ Aludimos a la diferencia entre educación formal, no formal e informal, trilogía construida a partir del doble criterio de la intencionalidad de las prácticas educadoras y el grado de inserción en las instituciones docentes clásicas. *Educación formal*: educación que se adquiere en el sistema escolar convencional y tradicional, estratificado y oficializado. Es institucional e intencional. *Educación no formal*: toda actividad educativa estructurada en un marco no escolar. Comprende acciones educadoras deliberadas e intencionales. Por lo tanto, es no institucional e intencionada (como nos decían algunos feriantes “hay que estar ahí para conocer”, “se aprende en la práctica”). *Educación informal*: remite al proceso continuo de adquisición de conocimientos y de competencias que no se ubican en ningún cuadro institucional. Es inintencional y no institucional (Nassif, 1980).

Es decir, para esta comunidad, que ya cuenta con experiencia y tradición en la producción y manipulación de frutas y verduras, la venta en ferias es un recurso económico más, junto con la instalación de verdulerías y la producción en quintas. Estas formas de inserción económica responden a distintos peldaños o estadios del proceso de movilidad social vertical de familias bolivianas, denominado la “escalera boliviana” (Benencia, 1997).

Actualmente, la mayor parte de los puesteros son personas de un nivel socioeconómico medio. Es decir, por lo general son propietarios de su casa y de un automóvil, y sus hijos tienen acceso a la educación media y superior. Como dijimos, poseer un punto de venta en estas ferias requiere inversiones para poder desarrollar todas las tareas que la actividad conlleva. En particular, es indispensable, para todo aquel que posea un volumen de mercadería importante, como la que se ofrece en ellas (frutas y verduras, huevos, plantas, pescados, etc.), tener un medio de transporte propio.

En otras palabras, los puesteros gozan de un buen nivel de vida, aunque, al igual que sucede en gran parte de las actividades por cuenta propia, el grado de acumulación se encuentra librado a las fluctuaciones de la situación económica general. A pesar de la variabilidad de sus ingresos podemos afirmar que se trata de “informales con capacidad de acumulación”. Ello supone que, en muchos casos, provienen de familias de clase media (migrantes que luego de dos y hasta tres generaciones ascendieron social y económicamente) y este trabajo les permitió mantener el estilo de vida heredado.

En resumen, estas actividades no son exclusivamente de subsistencia, sino también de acumulación. En particular, es notable en la formación y actividad de sus hijos. Una amplia mayoría nos expresó que sus hijos realizan estudios universitarios y que no están interesados en continuar con esta actividad familiar tradicional.

LAS TRAYECTORIAS SOCIO-OCUPACIONALES

Analizar las trayectorias socio-ocupacionales supone estudiar no solo las experiencias laborales previas de los feriantes, sino también sus expectativas laborales futuras y los motivos o razones por los cuales tomaron la decisión de emprender este trabajo.

Podemos encontrar personas que no han tenido una inserción previa en el mercado de trabajo (es decir que esta es su primera actividad laboral), otras que se han desempeñado como asalariados en empresas u organismos públicos o privados, otras que anteriormente han desarrollado otro tipo de actividades por cuenta propia y personas que provienen de períodos de desocupación de larga duración. A su vez, observamos que las expectativas que tienen los feriantes respecto de la

permanencia en esta actividad también son heterogéneas. Algunos suponen que se mantendrán en esta actividad por un largo plazo, otros creen que ese plazo es incierto, mientras que un tercer grupo sostiene que este será corto.

Los motivos por los cuales decidieron trabajar en ferias rondan en torno a la evaluación que realizaron de las condiciones del mercado de trabajo, a los valores o principios que le adscriben a la actividad, o a una decisión propia que reproduce una decisión o trayectoria colectiva/familiar. Las decisiones no se toman de manera armoniosa y/o automática, sino que se trata de momentos permeados por tensiones y conflictos. Los tres tipos de razones que motivan la acción de trabajar en ferias responden a lo que en términos weberianos serían tres tipos de acción social diferentes. La primera corresponde a la acción racional con arreglo a fines; la segunda, a la acción racional con arreglo a valores; y la tercera, a la acción tradicional²⁰.

En las ferias de frutas y verduras encontramos dos casos típicos, a los que podríamos denominar el “feriante tradicional” y el “feriante ocasional”. El primer caso es el más visible y mayoritario. Son personas que encontraron en ese ámbito su primera inserción laboral, que se plantean esta actividad como a largo plazo o definitiva, y cuya decisión de comenzar con este tipo de trabajo responde a la reproducción de una decisión o trayectoria familiar.

Nacidos en el seno de familias de feriantes, incorporaron los códigos y saberes de la actividad desde muy pequeños, cuando acompañaban y ayudaban a sus padres a las ferias. En algunos casos, la actividad se remonta a tres generaciones de feriantes. Dos relatos nos ejemplifican claramente este tema:

Mientras exista la feria, es parte de mi vida. Yo lo llevo en la sangre. Pero ¿sabés cuál es el tema? Es una tradición. Yo tengo gente de toda una vida. Lo mamé desde muy chico a todo esto (Pablo, Entr: 18).

“Me inicié en la Feria en el año [19]62, acompañándolo a mi padre, o sea, tenía apenas ocho años, nueve años, y ya lo iba a molestar” (Eduardo, Entr:15).

Tal como lo señalan los relatos, estas personas se iniciaron en la actividad como trabajadores infantiles, es decir, siendo parte de una actividad

²⁰ La noción de acción social, en la obra de Max Weber, remite al sentido de la acción, ya que esta debe ser referida a las acciones de otros agentes. El sentido mentado de una acción puede responder a un registro amplio de motivos, que incluye diversas orientaciones subjetivas entre las que Weber tipifica como tradicionales, afectivas, racionales con arreglo a fines o a valores (Weber, 1987).

familiar. Es así como heredaron no solo el puesto y el espacio, sino también los saberes y competencias transmitidos por sus padres. En ese sentido, sostienen que es el único oficio que han aprendido y al que conocen en profundidad, lo que les da un “saber hacer” particular. De esta forma, retoman y reproducen lo que en su momento fue una decisión familiar, a partir de la evaluación del contexto económico y social. Identificar esta actividad como definitiva (es decir, hasta el momento que se retiren del mercado de trabajo), es lo que prima en este grupo de trabajadores.

Sin embargo, también es posible identificar gente que encontró en este espacio una salida coyuntural a una situación laboral adversa. El caso típico son las personas que han sido despedidas y que, mientras atravesaban períodos de desocupación, decidieron emprender una actividad comercial en las ferias, debido a la evaluación que realizaron de la situación del mercado de trabajo. Estos “feriantes ocasionales” entienden que el período que permanezcan en la actividad es incierto, debido a variables que no dependen de su voluntad personal.

Aunque podemos encontrar este perfil de trabajador en todas las ferias, la particularidad de quienes se insertan en la actividad de comercialización de frutas y verduras es que han realizado con anterioridad algún tipo de actividad (sea laboral o por *hobby*) en relación con el producto que ahora ofrecen:

Tuve que poner una granja porque, yo me dedicaba a hacer ingeniería química, en plantas de petróleo. Quedé sin trabajo, este... el corralito me llevó la plata del despido. Me vi sin dinero, entonces tuve que hacer algo. Como este tema (actividad apícola) siempre lo hice como *hobby*, lo empecé a desarrollar como algo más industrial. De cualquier manera, es una explotación familiar. Hoy en día trabaja mi señora, y todos mis hijos (Néstor, Entr.13).

Quienes presentan estas características son principalmente aquellos que se incorporaron a estas ferias en momentos de crisis. La crisis socioeconómica de 2001 generó un aumento significativo en la cantidad de feriantes, los cuales responden a este perfil particular. Sin embargo, en el último año observamos que algunos de ellos (los más jóvenes) se reinsertaron en el mercado de trabajo como asalariados, mientras que otros tienen la intención de permanecer en esta actividad, dado que por su edad es muy difícil incorporarse al mercado de trabajo y se encuentran próximos a obtener una jubilación:

Bueno, este... como ya a los 60 años no había más trabajo para mí, 60 y... yo perdí el trabajo a los 62 años. Yo era gerente de una empresa, fui reemplazado por una persona que ganaba la cuarta parte, pero mucho más joven (risas). Entonces para la empresa, eh, vino bien (Néstor, Entr. 13).

“Nos terminaron; porque echaron a cuatro mil y pico de personas y por eso caí en la feria. Y gracias a Dios, por lo menos...” (Marcelo, Entr. 16).

Otro tipo de “feriantes ocasionales” es el de inmigrantes de países limítrofes (sobre todo bolivianos) que, a partir de la evaluación de las condiciones económicas y del mercado de trabajo tanto en nuestro país como en el de procedencia, y portando saberes y competencias relativas a la producción y manipulación de frutas y verduras, producto de actividades que realizaban por cuenta propia en su país, encuentran en las ferias un espacio más para el expendio de la mercadería producida en sus quintas. En este caso, la expectativa a futuro es sumamente incierta, dado que depende no solo de las condiciones existentes en nuestro país, sino también en su país de origen.

Podríamos sintetizar las tres situaciones en el siguiente cuadro:

Cuadro 1
Trayectorias socio-ocupacionales de los trabajadores de ferias de frutas y verduras

	Feriante tradicional	Feriante ocasional-típico	Feriante ocasional- inmigrante
Experiencia laboral previa	Sin inserción previa en el mercado de trabajo	Desocupado de larga duración	Trabajo por cuenta propia en actividad relacionada al producto que van a ofrecer en estas ferias
Expectativa laboral futura	A largo plazo o indefinida	Incierta	Incierta
Motivo o razón de la decisión	Decisión propia, que reproduce una decisión o trayectoria colectiva/familiar	Decisión propia por evaluación de las condiciones del mercado de trabajo	Decisión propia por evaluación de las condiciones del mercado de trabajo (en nuestro país, y en su país de origen)

Las personas a las que hemos caracterizado como “feriantes tradicionales” constituyen el grupo más numeroso cuantitativamente y, a la vez, el más estable en este tipo de ferias. Las otras dos tipologías tienen la particularidad de fluctuar de forma significativa, lo cual depende de las condiciones socioeconómicas del mercado de trabajo.

LOS “NOSOTROS”: PASADOS Y PRESENTES EN INTERACCIÓN

Hasta el momento hemos analizado algunas dimensiones que se hicieron evidentes en el relato de los feriantes al momento de narrar las actividades que emprenden día a día, como así también en sus trayectorias socio-ocupacionales. Luego de esta presentación del espacio de trabajo y de las personas que se desempeñan en él, en este apartado nos interesará arribar al objetivo principal de este estudio: deconstruir las identidades sociales de estos trabajadores. Es decir, nos pro-

ponemos reconocer las formas identitarias colectivas a las que hacen mención en sus discursos, las identificaciones que se les atribuyen, y finalmente, los referenciales identitarios compartidos.

LAS FORMAS IDENTITARIAS COLECTIVAS

Las actividades de estos trabajadores, y en particular las tareas que desarrollan, la percepción del tiempo de trabajo que poseen, los saberes movilizados, los ingresos y la inversión económica realizada, como así también sus trayectorias socio-ocupacionales pueden ser presentadas por los sujetos como referenciales identitarios, dependiendo en relación con quién se están asemejando y/o diferenciando y frente a quién se posicionan. Estas se articulan en el discurso de estos trabajadores, y expresan así lo que hemos denominado formas identitarias. A continuación nos proponemos deconstruir el relato de los actores, intentando identificar estas formas identitarias, para luego analizar las identidades a ellos atribuidas, y finalmente explicitar los referenciales identitarios compartidos a los que hicieron alusión.

Las lógicas de la diferencia y la equivalencia, y las dimensiones biográfica y relacional son los pilares de las formas identitarias, por lo cual son las que guiarán el análisis de estas. Las autodenominaciones nos permitirán, en un principio, acercarnos a estas formas identitarias dando cuenta de lo que explícitamente quieren transmitir estos sujetos con respecto a su trabajo y a su identificación en el ámbito laboral y social.

En estudios anteriores observamos que, en las ferias de frutas y verduras, casi el 70% de los puesteros se autodenominan feriantes, lo cual no sucedía en ferias artesanales o de ropa y productos diversos (Busso, 2005). La categoría comerciante se ubicaba en segundo lugar, al ser mencionada por cerca de un tercio de estos trabajadores, mientras que el grupo restante se autodenominaba vendedor ambulante.

Ahora bien, ¿qué significados o connotaciones tienen cada una de estas autodenominaciones? Si las analizamos en relación con la tipología de trayectorias socio-ocupacionales que describimos anteriormente, nos encontramos con relaciones interesantes que nos permitirán echar luz a dicho interrogante.

Al poner en relación la autodenominación de estos trabajadores con las características de sus historias de vida y sus trayectorias socio-ocupacionales (dimensión biográfica), este cuadro nos permite seguir complejizando el análisis. Observamos que el grupo con mayor presencia cuantitativa y cualitativa, en el ámbito de las ferias de frutas y verduras que, según habíamos indicado, son los “feriantes tradicionales establecidos”, son quienes se autodenominan “feriantes” o incluso “verdaderos feriantes”.

Con esta última denominación se hace explícito el reconocimiento por parte de este grupo de que existen otros sectores que eligen denominarse de la misma manera, pero marcan una clara diferencia con respecto a ellos. Los feriantes tradicionales establecidos presentan múltiples características comunes. En primer lugar, se observan aspectos relativos a su inserción laboral, es decir, las razones que motivaron la decisión de trabajar en estas ferias, la expectativa laboral futura y la experiencia laboral previa. En segundo lugar, aparecen indicadores de la actividad laboral: inversión, dimensiones de los puestos y principales saberes movilizados.

Cuadro 2
Tipología de trabajadores de ferias de frutas y verduras, según características comunes

	Feriante tradicional establecido	Feriante ocasional-típico	Feriante ocasional-inmigrante
Situación ocupacional	Cuentapropista / microempresario	Cuentapropista	Cuentapropista
Tarea principal	Reventa		
Mercancía	Productos frescos, de consumo periódico		
Autodenominación	Feriante	Feriante/ Comerciante / Vendedor Ambulante	Feriante/ Comerciante / Vendedor Ambulante
Dimensión del puesto	Puestos grandes. Ingresos estables	Puestos chicos	Puestos chicos /manteros
Inversión	Significativa (mercadería e infraestructura)	Mínima (valor de mercadería)	Mínima (valor de mercadería)
Principales saberes movilizados	Comerciales y sociales relativos a la actividad ferial / Comerciales, específicos de un rubro o tipo de mercancía	Comerciales, comunes a todo tipo de actividad comercial	Comerciales, comunes a todo tipo de actividad comercial
Experiencia laboral previa	Sin inserción previa en el mercado de trabajo	Desocupado de larga duración	Trabajo por cuenta propia en actividad relacionada al producto que van a ofrecer en estas ferias
Expectativa laboral futura	A largo plazo o indefinida (la feria como el espacio de lo posible)	Incierta	Incierta
Motivo o razón de la decisión	Decisión propia, que reproduce una decisión o trayectoria colectiva/familiar	Decisión propia por evaluación de las condiciones del mercado de trabajo	Decisión propia por evaluación de las condiciones del mercado de trabajo (en nuestro país, y en su país de origen)

Sin embargo, lo que establece la diferencia entre “verdaderos” y “falsos” feriantes es el pasado que los liga a las ferias. Es, en particular, la historia familiar que los vincula y los acerca a ellas, transmitiéndoles saberes, percepciones, formas de relacionarse, etc.:

El verdadero feriante es una tradición de familia, desde mi punto de vista, porque, después son feriantes ocasionales, por el solo hecho que no hay trabajo trató de buscar una salida laboral en la feria. Entonces, ahí apunto yo, que es distinto al que ya viene de tradición, al que sigue un camino que ya estaba hecho (Pablo, Entr. 18).

En este caso, son las lógicas de la equivalencia y la diferencia las que, a partir de la dimensión relacional, sustentan su argumentación en la dimensión biográfica de la identidad. Es decir, es la tradición familiar la que establece puntos de equivalencia y de diferencia entre los trabajadores al interior de estas ferias. Esto aparece muy claramente en el discurso de los “feriantes tradicionales establecidos”, en el cual el “ellos” y el “nosotros” se hace explícito. Sin embargo, la situación no es la misma para todos los que trabajan allí.

Los feriantes ocasionales parecieran restar importancia a las diferencias que presentan en relación con los tradicionales, y denominan feriantes a todo el conjunto de trabajadores de ferias. Es aquí donde apunta el calificativo de “verdadero” esgrimido por los tradicionales, y cuando se establecen diferencias en el interior del grupo.

Autodenominarse de esta forma no implica un desconocimiento o impercepción de las diferencias entre los grupos, dado que estas son evidentes y explícitas incluso a los ojos de cualquier cliente. Las dimensiones de los puestos, el volumen de mercadería y la inversión realizada, son algunos de estos indicadores de la existencia de distintos perfiles sociocupacionales al interior de estas ferias. Por el contrario, utilizar la misma autodenominación implica sumarse a un universo aceptado en la ciudad, donde no se pone en tela de juicio la legitimidad del uso del espacio público. Es decir, autodenominarse “feriantes”, supone justificar sus presencias en esos espacios. En este caso se está movilizando una lógica de la equivalencia a partir de la dimensión relacional.

A pesar de que esta ha sido la estrategia de los feriantes ocasionales, también identificamos personas que responden a dicha caracterización pero que se autodenominan “comerciantes” y un grupo menor que prefiere la categoría de “vendedor ambulante”. ¿Por qué refieren a una u otra categoría? ¿Qué connotaciones supone cada una de ellas?

El análisis de las identificaciones atribuidas nos aportará elementos para dar respuestas a estos interrogantes. Sin embargo, comenzaremos a responderlos a partir del relato de estos trabajadores, y en

particular de sus trayectorias sociocupacionales. Las personas que se definen como vendedores ambulantes son quienes han realizado anteriormente actividades comerciales en espacios públicos, y que por primera vez se dedican al rubro de productos frescos, o las que venden artículos característicos de la venta ambulante, como por ejemplo ropa, manteles, medias, etc. Es decir, sea por la actividad comercial que realizan actualmente, sea por la que realizaron anteriormente, estos trabajadores prefieren no definirse como la mayoría de los trabajadores de ferias de frutas y verduras.

A su vez, tal como dijimos, miembros de otro grupo se definen como comerciantes. Se trata de un grupo de personas que también perciben su actividad como transitoria pero que, sin embargo, tienen un pasado relacionado al comercio o a otro tipo de actividades por cuenta propia. En estos casos, son las dimensiones biográfica y relacional las que se articulan en la movilización de las lógicas de la equivalencia y la diferencia.

LAS IDENTIFICACIONES ATRIBUIDAS

Ahora bien, estas formas identitarias que comenzamos a deconstruir suponen la existencia de otras, con las cuales interactúan y atribuyen identificaciones. Es decir, cada sujeto desarrolla su acción en el marco de un entramado de relaciones de poder, y condiciones materiales que transmiten al sujeto atribuciones simbólicas respecto de lo que es y lo que puede llegar a ser. Es a partir de allí que los sujetos construyen identificaciones colectivas y reconocen referenciales identitarios compartidos. Según nuestra perspectiva, las identificaciones atribuidas actúan como muestrarios a partir de los cuales los sujetos seleccionan referenciales identitarios (sea por aceptación o por rechazo).

Estas atribuciones son construidas por las generaciones pasadas, por las instituciones actuales y por la red de relaciones sociales del sujeto, los cuales producen y reproducen las identificaciones heredadas, institucionalizadas y posibles. Los distintos actores que interactúan en el mundo de las ferias de frutas y verduras son portadores de identificaciones atribuidas disímiles, sin embargo, comparten las atribuidas institucionalmente. Para el municipio, todos quienes solicitan la autorización para establecer un puesto en las “ferias francas” de la ciudad, como así también las personas que trabajan en ellos, son denominados “feriantes” en las normativas emitidas por el gobierno local. Por su parte, la Federación de Empresarios de La Plata reconoce a los propietarios de los puestos establecidos como pequeños empresarios (o comerciantes). Estos dueños son quienes poseen un capital significativo en mercadería y principalmente en infraestructura (cámaras frigoríficas, camionetas, balanzas, etc.).

Somos integrantes del Directorio la Federación de Empresarios de La Plata. Es una entidad que hace cinco años que se ha creado, y funciona en forma paralela a la Cámara de Comercio. Es un lugar donde también llevamos nuestros problemas. O sea que los problemas que nos aparecen a nosotros, y no podemos solucionarlos, entonces los transmitimos a la Federación, y la Federación nos acompaña en los tratamientos que a veces necesitamos realizar en el Municipio (Eduardo, Entr. 15).

El del reconocimiento por parte de la Federación de empresarios, y el de la incorporación de feriantes en su directorio han sido dos momentos muy importantes en la historia de las ferias de frutas y verduras de la ciudad. Son los trabajadores de ellas los únicos reconocidos como tales por esta federación que agrupa a medianos y pequeños empresarios de la ciudad, opuestos a la tradicional Cámara de Comercio e Industria de La Plata.

Desde las ciencias sociales del trabajo, la categoría de trabajadores informales los abarca ampliamente. A pesar de las múltiples discusiones en torno a la definición del término, las distintas perspectivas sobre la informalidad coinciden en que estos trabajadores, tal como los conocemos en la ciudad de La Plata, deben ser comprendidos a partir de esa categoría (Busso, 2005).

De esta forma vemos que coexisten distintas atribuciones institucionalizadas, referentes a estos sujetos: feriantes (por parte del municipio), pequeños empresarios o comerciantes (por parte de la Federación de Empresarios de La Plata), y trabajadores informales (por parte de las ciencias sociales). Estas atribuciones refieren a todas las personas que poseen un puesto de venta en estas ferias (sean feriantes tradicionales, ocasionales típicos u ocasionales-inmigrantes), mientras que la federación de empresarios alude principalmente a la situación de los que hemos denominado “feriantes tradicionales”, dada la inversión y el capital que poseen.

En el caso de las atribuciones que estos feriantes heredaron, la situación es más compleja. Las distintas trayectorias sociocupacionales identificadas dan cuenta de diferentes experiencias laborales previas, disímiles expectativas laborales futuras y razones diversas al momento de iniciarse en la actividad.

La actividad ferial y el oficio de “feriante” son reconocidos por un grupo importante de trabajadores como una herencia familiar, la que han retomado y reproducido a lo largo de sus vidas. Las particularidades del ámbito de trabajo y de las actividades que en ellas desarrollan hacen a la revalorización de las implicancias del “ser un feriante”. Ello es reconocido permanentemente como una herencia familiar que permitió la transmisión de saberes y competencias:

Esto es una tradición de familia... es el puesto más antiguo de la ciudad. Mi viejo estaba en el lugar que actualmente estoy yo: hacía todas las ferias. [...] Es un trabajo muy personal el que hace el feriante. Trata de brindar un servicio. Trata de integrar una amistad más... el que atiende un local no sabe si al cliente lo va a volver a ver. Nosotros los vemos toda una vida (Pablo, Entr.18).

Mi padre, fue uno de los creadores de las ferias. [...] Se juntaban diez feriantes de cada rubro y decían “bueno, vos vendés fruta, vos verdura” y así se hacía una pequeña feria que con los años se fue agrandando (Luis, Entr.19).

En estos relatos se observa explícitamente cuando feriantes tradicionales reconocen y denominan que la actividad y oficio de sus padres era el de feriantes, y lo aceptan como legado familiar. En el caso de los feriantes ocasionales, en cambio (sean ocasionales-típicos, u ocasionales-inmigrantes), en tanto depende de su trayectoria, la atribución heredada se desdibuja. Son los oficios de comerciante o cuentapropista, por lo general, las categorías que ellos perciben como heredadas. Por lo general, ellos o sus familias, en algún momento de su vida realizaron actividades comerciales como trabajadores independientes; por lo tanto, su inserción en las ferias ha sido una opción entre otras en el transcurso de su historia laboral, y la actividad ferial es relacionada, sea con la labor que desarrollan (comercial), sea con la forma en que lo llevan a cabo (cuentapropista). A su vez, para el caso de los feriantes-típicos, la atribución posible (en otras palabras, el horizonte de posibilidad) se circunscribe al espacio de las ferias, es decir, el espacio vivido es percibido como el espacio de lo posible; en cambio, para los feriantes ocasionales el horizonte de posibilidad dependerá de las condiciones del mercado de trabajo, y de las opciones de inserción que este les ofrezca:

Soy profesora en Manualidades. Pero el dibujo es algo que me atrapa, me atrapa desde muy chiquita, ya con los 60 años que tengo, eh, puedo decir que todavía sigue intacto [¿Te gustaría dedicarte a eso de lleno?] ¿Al dibujo? [Sí. ¿Dejarías la feria y te dedicarías...?] Y... posiblemente más adelante. Pero la feria todavía promete, la feria promete todavía (Lidia, Entr.14).

En contraposición a esta feriante-ocasional, un feriante tradicional nos decía categóricamente: “Mientras exista la feria, es parte de mi vida” (Pablo, Entr. 18, FFV).

En resumen, aunque las atribuciones institucionalizadas refieren a todos los feriantes de frutas y verduras, homogeneizando las

diferencias que esconden entre ellos, las atribuciones heredadas y posibles hacen visible la diferencia entre feriantes tradicionales y ocasionales.

LOS REFERENCIALES IDENTITARIOS COMPARTIDOS

Después de haber analizado las formas identitarias presentes en el discurso de los trabajadores de ferias de frutas y verduras, y de haber reconocido las identificaciones a ellos atribuidas, a continuación nos propondremos explicitar los referenciales identitarios compartidos por estos trabajadores. Es decir, cuáles son los puntos o signos en el espacio y en el tiempo a partir de los cuales estos sujetos se definen como parecidos o diferentes.

Los feriantes tradicionales establecidos remarcan –por medio de la lógica de la diferencia y la de la equivalencia– los referenciales relativos a su propia historia: provenir de familias de feriantes, que esta actividad haya sido su única inserción en el mercado de trabajo, y ser descendientes de inmigrantes europeos, de segunda o tercera generación. Sin dudas, la apelación más recurrente proviene del hecho de que la actividad es una tradición familiar. Como decíamos, quienes están actualmente a cargo de los puestos, desde muy pequeños acudían a estas ferias para acompañar o ayudar a sus padres o abuelos. En ese sentido, las lógicas de la equivalencia y la diferencia son movilizadas recurriendo a la tradición familiar como referente identitario:

Por lo general, viste, esto es algo así de, de los italianos o los gallegos inmigrantes viste que se llevaban a toda la familia ahí a trabajar. Hay por ahí cantidad de muchachos que ahora están, 40 o 50 años capaz que tienen, pero los padres ya los llevaban con el carro desde los dos o tres años (Marcelo, Entr. 16).

La reminiscencia histórica que tiene la actividad en la vida de sus familias también se refleja en la historia de la ciudad. Estas ferias se crearon con el esfuerzo y gracias a los saberes que portaban estos inmigrantes, y se transformaron en un hito en las costumbres locales. Ello es narrado como argumento central al momento de justificar y legitimar el uso que realizan del espacio público.

Según sus testimonios, el hecho de que se trate de una actividad de tradición familiar, y particularmente de descendientes de europeos (aspectos de la dimensión biográfica de la identidad), les otorga características específicas, en relación con la manera cómo viven y se identifican con esta actividad laboral. En ese sentido, establecen discrepancias con otros grupos de feriantes, a partir de

la alusión a la nacionalidad o descendencia en tanto referenciales identitarios.

[...] El hecho de tener bolivianos, gente... Especialmente uno de los problemas son los bolivianos. Digamos que no se integran a un proyecto común, digamos. Nos cuesta mucho hacer cosas. [...] Encontrás trabas porque la gente se cierra, especialmente la gente, los bolivianos, se cierran en lo suyo (Omar, Entr.17).

La nacionalidad de proveniencia otorga, según los propios feriantes, un compromiso distinto respecto de la actividad, y un “saber hacer” particular del mundo de las ferias, lo que definimos anteriormente como saberes comerciales y sociales relativos a la actividad ferial (una manera amistosa y descontracturada de relacionarse con otros en el espacio de trabajo).

Por otra parte, identificamos referenciales compartidos en el discurso de los feriantes ocasionales, aunque su alusión es menos explícita. La percepción que tienen, de que para ellos se trata de una inserción pasajera, los establece en los márgenes de las ferias, y por momentos parecería que buscaran establecer puntos de equivalencia provisorios con los feriantes tradicionales. Ello se cristaliza en la alusión a todos los feriantes en tanto comerciantes, apelando a un “nosotros” que supera a este grupo en particular y que amplía la esfera del conjunto de las ferias de frutas y verduras.

Este segundo grupo de feriantes (los ocasionales) presenta una heterogeneidad de situaciones y una gran incertidumbre respecto de su futuro laboral, por lo cual los referenciales son más débiles. Es decir, la referencia a un nosotros es más esporádica y tenue, e intenta hacer mención a referenciales compartidos con el resto de los feriantes de frutas y verduras, haciéndose parte de un “nosotros” del que son excluidos por los feriantes tradicionales.

CONCLUSIONES: ENTRE LA HERENCIA Y EL PORVENIR

La historia personal y familiar, y la relación que ello genera con estas ferias, son, por tanto, los referenciales identitarios compartidos más sólidos al momento de establecer el “ellos” y el “nosotros” al interior de estas ferias. Esto se expresa también en otras dos dimensiones que ya analizamos: el motivo o razón de la decisión de emprender esta actividad y el tipo de saberes que movilizan al desempeñarse como feriantes. Estas últimas dimensiones se encuentran subordinadas a la historia personal y familiar de estos feriantes y a la relación que a partir de allí emprenden con los espacios de trabajo.

El proceso de construcción identitario, entonces, se ve signado, por un lado, por las atribuciones heredadas, que facilitan y hasta pre-establecen la inserción laboral de los miembros de la familia y, por otro lado, por las atribuciones posibles, que ligan el mundo de las ferias a una situación conocida, que les genera (pero no garantiza necesariamente), un ingreso económico.

En otras palabras, la herencia asumida (o incorporada), delinea a su vez los márgenes del porvenir laboral y económico. Esta articulación da lugar al reconocimiento de referenciales identitarios compartidos que configuran el proceso de identificación social de estos trabajadores, y el posicionamiento que cada uno de ellos asume en dicho espacio laboral. Indudablemente, es esa posición social la que se encuentra provista de márgenes de poder que interactúan en el proceso de construcción identitario. De todas formas, las interrelaciones o juegos de poder que se articulan y configuran en el proceso de identificación de estos trabajadores parecen estar enmarcados, en este caso, por la tensión entre herencia y porvenir.

En resumen, el caso de las ferias de frutas y verduras nos permitió sumergirnos en el mundo del trabajo informal, para dar cuenta de un espacio laboral donde los sujetos se posicionan socialmente y se identifican colectivamente. Sin embargo, también nos permitió observar que los referenciales identitarios remiten a la esfera personal y familiar de dichos trabajadores y no a la estrictamente laboral, a diferencia de los espacios laborales típicos o formales. Esta particularidad le inscribe características específicas a la identidad colectiva de estos trabajadores, lo cual asigna una dinámica única a estos espacios laborales y también se manifiesta en sus organizaciones sociales y políticas (Busso, 2007).

Que referenciales no estrictamente laborales ocupen un lugar primordial en el proceso de construcción de identificaciones colectivas de estos trabajadores informales, da cuenta de un espacio laboral donde el trabajo se fusiona con otras esferas de la vida, donde se hacen muchas veces indescifrables los límites entre tiempo de trabajo y tiempo libre, porque la actividad laboral se integra y articula una forma de vida.

La manera de vivir la actividad –y de ser parte de una estrategia de vida familiar– parecería ser una de las claves para comprender por qué miles de personas continúan llevando adelante un trabajo tan ancestral como es la actividad comercial en espacios públicos. Sin lugar a dudas, el ser feriante, en este caso, no es lo que vemos a simple vista en horarios matutinos en nuestras ciudades, sino también, y primordialmente, un pasado, una expectativa de porvenir, una trayectoria y una forma de organizar el tiempo personal y familiar.

BIBLIOGRAFÍA

- Battistini, Osvaldo (comp.) 2004 *El trabajo frente al espejo. Continuidades y rupturas en los procesos de construcción identitaria de los trabajadores* (Buenos Aires: Prometeo).
- Battistini, Osvaldo 2006 “La identidad en cuestión a partir de las transformaciones del trabajo. El caso de los trabajadores de dos industrias automotrices argentinas”, Tesis Doctoral, Doctorado en Ciencias Sociales; cotutela entre Universidad de Buenos Aires y Université de Marne-La-Vallée, Francia, mimeo.
- Benencia, Roberto 1997 “De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense” en *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires) Año 12, N° 35.
- Benencia, Roberto y Quaranta, Germán 2006 “Mercado de trabajo y relaciones sociales: la conformación de trabajadores agrícolas vulnerables” en *Sociología del Trabajo*, (Madrid) nueva época, N° 58.
- Bruneton-Governatori, Ariane 1980 “Le marché imaginaire. Marchés aux châtaignes du Sud-Ouest” en *Revue Etudes rurales* (EHESS, París), N° 78-79-80.
- Busso, Mariana 2005 “Le travail informel : entre théorie et expérience”, Document LEST. Séminaire thèse; Juin 2005, en <<http://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00087363/fr/>>
- Busso, Mariana 2007 “Trabajadores informales en Argentina: ¿de la construcción de identidades colectivas a la constitución de organizaciones?”, Tesis doctoral, Université de Provence-Universidad de Buenos Aires, julio de 2007.
- Chávez Molina, Eduardo y Raffo, María Laura 2003 “El cuentapropismo en el conurbano bonaerense. Lógicas de reproducción y trayectorias laborales de trabajadores feriantes”, Ponencia presentada en el 6to. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, agosto de 2003.
- Denzin, Norman y Lincoln, Yvonna (eds.) 1994 *Handbook of Qualitative Research* (Thousand Oaks: Sage).
- Domecq, María Guadalupe 2004 *Crónicas y retratos del Mercado: historia del Mercado Regional La Plata* (La Plata: La Comuna).
- Dubar, Claude 2000a *La crise des identités. L'interprétation d'une mutation* (París: Presses Universitaires de France).
- Dubar, Claude 2000b *La socialisation, construction des identités sociales et professionnelles* (París : Armand Colin).
- Elias, Norbert 1991 *La société des individus* (París: Fayard).

- Glaser, Barney y Strauss, Anselm 1967 *The discovery of grounded theory* (New York: Aldine Publishing Company).
- Laclau, Ernesto 1996 *Emancipación y diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe 2004 *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Nassif, Ricardo 1980 *Teoría de la educación* (Madrid: Cincel).
- Roffman, Alejandro 1997 *Convertibilidad y desocupación en la Argentina de los '90*. (Buenos Aires: Colección CEA-CBA).
- Weber, Max 1987 *Economía y sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica).

ENTREVISTAS

Entr. Nro.	Nombre de fantasía	Edad	Género	Comentario	Espacio
13	Néstor	65	Masculino	Productor y vendedor de huevos	FFV 51 y 21
14	Lidia	60	Femenino	Vende ropa y productos de mercería	FFV 51 y 21
15	Eduardo	50	Masculino	Vende frutas y verduras. Dirigente de la asociación de feriantes	FFV 38 y 9
16	Marcelo	56	Masculino	Venta de galletitas. Dirigente de la asociación de feriantes	FFV 38 y 9
17	Omar	50	Masculino	Vende pescados frescos	FFV Diag 74 y 5
18	Pablo	55	Masculino	Vende pescados frescos	FFV 38 y 9
19	Luis	71	Masculino	Vende frutas y verduras. Fue dirigente durante muchos años de la asociación de feriantes	FFV Diag 79 y 63
39	Susana	30	Femenino	Funcionaria del Mercado Regional La Plata.	Mercado Regional La Plata

**KARINA ARELLANO
DIEGO BACCARELLI
LUCÍA DE GENNARO
SORAYA GIRADLES**

**EMILIO SADIÉ
CECILIA DALLACIA
ANA GÓMEZ
INÉS ARANCIBIA***

**CONSTRUCCIÓN DEL SUJETO DE TRABAJO
EN LA CONDICIÓN DE PRECARIEDAD**

PRESENTACIÓN

La problemática de la investigación se ha centrado en los trabajadores de la Argentina, y se ha enfocado en la relación entre el trabajo como experiencia subjetiva y la sindicalización, a partir de las prácticas organizativas de los trabajadores de la CTA, en el contexto de las actuales condiciones del mundo del trabajo.

Para ello hemos partido de la ponderación de la transformación del capitalismo acaecida desde mediados de los años setenta con la implantación del modelo de acumulación neoliberal. Dicha transformación presenta, entre sus diferentes dimensiones, la desestructuración del trabajo típico de la sociedad industrial o del modelo fordista de producción, lo que implica una nueva organización y división del trabajo, cuyo modelo está constituido por el llamado *sistema Toyota* o *Toyotismo* (Gorz, 1998; Antunes, 2005), a partir de lo cual diversos intelectuales se refieren a este nuevo paradigma productivo como *posfordismo* o *sociedad postindustrial* (Gorz, 1998; Antunes, 2005; Virno, 2003; Cohen, 2007).

* Los autores pertenecen al equipo de investigación sobre trabajo precario del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores de la Argentina, en el cual participan integrantes de diversos espacios de dicho Instituto: Economía Social, Discurso y Subjetividad, Mesa de Políticas Sociales, y que cuenta con los aportes de la Mesa de Coyuntura.